



Panorámica del lago de Entrepeñas, delicioso lugar de descanso para aquellos que puedan evadirse de la gran ciudad.

## MADRID, ENTRE LA SIERRA Y EL MAR

**A**L regresar del veraneo en la costa, los madrileños traen agazapada entre sus recuerdos la nostalgia del mar. Desde el corazón de Castilla la seca, añoran las costas y playas en que transcurrieron las siempre fugaces vacaciones. Para algunos, este recuerdo constituye una obsesión; para otros, una reconfortante memoria de los días más agradables del año.

Pero al integrarse nuevamente en la realidad cotidiana, la gran urbe—moderno dragón de cemento y asfalto—engulle al ex veraneante y le vuelve a la incomodidad de su maremagnum callejero. Entonces le parecen un sueño los amplios horizontes disfrutados, los espacios abiertos, las azules perspectivas y el rumor de caracola de las noches del litoral. La transparencia clorada de las piscinas y su espesa concurrencia, le resulta insuficiente. Antes, tenía que conformarse con la esperanza y el deseo de las próximas vacaciones para escapar nuevamente a la costa. Ahora, en cambio, a cien kilómetros de Madrid, tiene a su disposición el mar.

Es un mar de verdeazules horizontes, sin olas amenazadoras, pero con encrespadas orillas festoneadas de pinos, encinas y olivos. Un auténtico mar interior con 2.500 millones de toneladas de agua, con suaves playas, calas escondidas y apacibles y sobrecogedores acantilados cual nuevos peñones de Ifach. Son diez mil hectáreas de agua limitadas por más de trescientos kilómetros de litoral.

Todavía hay algunos madrileños que sólo conocen de oídas el mar que a la capital de España le ha nacido al costado. Es un mar artificial creado en el cauce del padre Tajo. Una inmensa sábana de agua con profundidades de setenta y ochenta metros y más de cincuenta kilómetros

de longitud. La Alcarria se ha hecho marinera en torno a su litoral. El Mar de Castilla—tal es su denominación oficial geoturística—ha inundado no sólo tierras y pueblos, sino costumbres y subdesarrollos. Una nueva Alcarria ha nacido en sus orillas, una Alcarria con modos y modas distintos a los que conocimos en su época absolutamente campesina.

Han surgido urbanizaciones en puntos estratégicos, revalorizando las tierras de pan llevar. Chalets, hoteles y piscinas han transformado en solares fincas auténticamente rústicas. Donde antes braceaban sudorosos segadores, se bañan hoy esbeltas sirenas y tritones de agua dulce. Los «bikinis» alternan en la Alcarria marinera con los oscuros ropajes de la mujer rural. Se juega al tenis al borde del agua, y pronto al golf en campos de 18 agujeros. Nacen zonas residenciales en el lago de Entrepeñas, y en Sacedón se construyen mil viviendas para los madrileños que allí quieren descansar. En los pueblos ribereños del embalse—pronto todos ellos con agua corriente, pavimentación y alcantarillado—las familias madrileñas compran casas cerradas, reedifican viviendas y crean amables centros veraniegos, ideales también para el esparcimiento y el reposo de los fines de semana.

Nombres importantes tienen en el agosto de Alocén, o en la rada de Pareja, o en Las Anclas, o en las Brisas, o en Calas Verdes, su parcela y su casa de campo o su finca de recreo para evasión de la gran ciudad. Motoras y balandros surcan las aguas o se balancean ante los clubs náuticos; humildes barcas de remos ensayan futuras singladuras junto a la orilla, y el esquí náutico o el remolcado

con paracaídas causan el pasmo y la admiración de las gentes de la comarca.

Guadalajara ofrece a Madrid un pequeño mar en la sierra alcarreña. Casi mil millones de pesetas ha invertido en el Mar de Castilla la iniciativa privada, para urbanizar sus orillas. El Estado va a dedicar otros 225 para poner el lago de Entrepeñas a poco más de una hora de los madrileños. Se abren nuevas carreteras de circunvalación, se construyen playas y pequeños puertos, se ultima el regadío de 1.500 hectáreas en Sacedón y Auñón para crear zonas verdes, y hasta se levantan—servidumbres del desarrollo turístico—torres de apartamentos, estropeando el paisaje.

Seis embalses—Entrepeñas, Buendía, Bolarque, Zorita, Almoguera y Estremera—remansan sucesivamente el curso del Tajo en la baja Alcarria, dentro de Guadalajara. Son seis lagos de atractivas orillas y características distintas al servicio de los madrileños. Unos son estrechos y largos, como fiordos noruegos, con riberas empenachadas de pinos y farallones de ochenta metros de altura, y otros son amplios, abiertos, pequeños mares interiores con lucios de veinte kilos y perdicés en derredor de su litoral.

Madrid empieza a dudar entre el mar o la sierra al elegir su descanso de fin de semana. Cuando quiere sólo rocas y pinos, o esquiar en la nieve, se marcha a su tradicional alfoz serrano; cuando busca pinos y rocas y los atractivos del agua, se encamina a Guadalajara, a la Alcarria turística y marinera, que la mano del hambre ha hecho nacer del Tajo en su camino hacia el mar.

Luis MONJE CIRUELO